

SOMALIA

sobrevivir entre clanes, piratas e integrismo

Con un Gobierno de Transición de carácter islámico moderado, el país africano tiene ante sí una frágil oportunidad para buscar un futuro mínimamente estable

ES difícil de explicar, mucho más de entender y, sobre todo, de asimilar. Somalia es lo más parecido al caos que alguien pueda imaginar. Durante los últimos veinte años, ha sido un país sin Estado, dividido, invadido, sin orden y destrozado por señores de la guerra, clanes, subclanes, fanatismo religioso y catapultado a la actualidad internacional por ser el feudo de los nuevos piratas del siglo XXI. En su territorio la única ley que impera es la del más fuerte y, dependiendo de las zonas, la de la Sharia islámica. Sobre él se ceban una serie de condicionantes climáticos y estratégicos que han condenado a su población a la miseria, la guerra y el hambre. En este momento, el 30 por 100 de sus cerca de 8 millones de habitantes dependen de la ayuda internacional para sobrevivir, hay alrededor de medio millón de desplazados internos y la hambruna convive con los *kalashnikov* y la tecnología punta de comunicaciones empleada por los extorsionadores del Índico.

Los somalíes no se consideran arraigados a ningún Gobierno ni nadie les representa legítimamente: los habitantes de este castigado país están hastiados de guerras y la palabra futuro significa poco más que sobrevivir un nuevo día. La comunidad internacio-

nal, sin demasiado margen de manobra, ha promovido diversas misiones para intentar poner un poco de orden y establecer unas condiciones mínimas de seguridad. En tierra, las Naciones Unidas y la Unión Africana; y, en la mar, la Unión Europea con la operación *Atalanta* (desplegada desde diciembre de 2008) respaldada por la Alianza Atlántica con *Allied Protector*. Y, aunque lentos y delicados, se han dado pasos significativos: el pasado mes de diciembre se eligió el primer presidente democrático de su historia y en los próximos meses, Europa dará luz ver-

La zona norte, Puntland, funciona de forma autónoma y es el feudo y la cantera de los piratas

de a una nueva operación encaminada a colaborar en la formación de unas Fuerzas Armadas somalís y facilitar la estabilización del país. En este momento, no hay Ejército nacional, sino una serie de milicias fieles al gobierno.

Desde enero de 2009 la presidencia del país la ostenta el jeque Sharif Sheikh Ahmed, un islamista moderado que fue líder de la Unión de Tribunales Islámicos (UTI) y que cuenta con el respaldo de Estados Unidos y de la ONU. Su llegada al poder fue un acuerdo tácito entre Etiopía (que había enviado



Un batallón de infantes de Marina del

tropas a su vecino oriental para evitar que el poder siguiera en manos de un gobierno musulmán pero asumió la opción de Sharif Sheikh como la más realista) y algunos de los más influyentes clanes del país. Todos coinciden en que, en este momento, es la única alternativa viable para dar una oportunidad a Somalia. Se ha creado un gobierno de conciliación integrado por miembros del anterior gabinete, líderes guerrilleros de la Alianza para la Nueva Liberación de Somalia (*señores de la guerra*) y políticos independientes. Están previstas las convocatorias de elecciones ejecutivas y legislativas en 2010.

DESORDEN Y DESUNIÓN

Pero es muy complicado definir lealtades y, sobre todo, determinar cuánto tiempo durarán. En este batiburrillo que impera en el país en que se mezclan clanes con intereses feudales y tendencias religiosas, la fidelidad a un determinado líder y su guerrilla se cambia en cuestión de semanas. En los últimos meses del 2009 algunos *señores* se han unido a las milicias gubernamenta-



Badrim Media/EFE

to somalí creado expresamente para luchar contra la piratería desfila en Mogadiscio.

les —entre ellas, destaca la milicia Ahlu Sunna Waljamaca— y, actualmente, podría decirse que la balanza se decanta hacia las fuerzas leales. «Nuestras tropas están listas para actuar, echar a los terroristas de la capital y seguir recuperando terreno. Es la oportunidad de traer la paz a nuestro país» declaró a la agencia *Reuters* a comienzos de febrero el primer ministro somalí Omar Abdirashid Ali Sharmake. Un objetivo, la pacificación del país, en el que también están comprometidos los 3.5000 soldados que la Unión Africana tiene desplegados en la capital.

Pero, la realidad no parece muy optimista. La guerra sigue latente y sin demasiado margen para atisbar un horizonte estable a corto plazo. La milicia *Al Shaab* (Juventud), un grupo islamista al que los servicios secretos de Washington vinculan con Al Qaeda y que está dotado de una potente fuerza militar armada por Eritrea y Yemen, mantiene un enfrentamiento abierto con el Gobierno para controlar el país e imponer la Sha-

ria. Sus muyaidines ya han conquistado prácticamente todo el sur y el pasado diciembre llegaron hasta la zona norte de la capital. Los enfrentamientos y los atentados en las calles de Mogadiscio son una constante. El pasado día 2 de diciembre, tres ministros —los titulares de Sanidad, Educación y Educación Superior— murieron en un mismo atentado perpetrado por islamistas. «El presidente Ahmed se enfrenta a una compleja situación con un Gobierno débil y asustado y en un país donde cada vez cuenta con menos apoyos internos» explica la revista *The Economist*. Buena prueba de ello es cómo durante el pasado año algunos líderes islámicos de prestigio como, por ejemplo, el influyente Hassan Dahir Aways,



Oliver Hoesly/EFE

El presidente de consenso, el jeque Sharif Sheij Mahmed

que se sienten «traicionados» por el presidente y su afinidad con Occidente, se han aliado con los rebeldes. «La unión entre radicales está consiguiendo importantes logros no solo en el terreno militar —indica el semanario británico— sino también ideológico. Hace

unos años, en la Unión de Tribunales Islámicos había moderados y radicales, pero ahora los nuevos islamistas son todos radicales».

FEUDO PARA LA PIRATERÍA

En una visión panorámica y simplista del país en el que es casi imposible entender los porqués de las alianzas entre clanes, subclases, señores de la guerra y piratas, Somalia en este momento se divide en cuatro zonas de desgobierno: Somalilandia, al noroeste, la zona que fue ex colonia británica (el resto del territorio de lo que hoy es Somalia perteneció a Italia) y que actúa como estado independiente desde que declaró su soberanía en 1991; el centro, donde sí ejerce una cierta autoridad el actual Gobierno de Transición; el sur, incluida la mitad de Mogadiscio, gobernado por las milicias de *Al Shabab* y donde impera la Sharia; y Puntland, al norte, una zona que funciona de manera autónoma, poblada mayoritariamente por los temidos clanes hawiye y daarood, enfrentados entre ellos y que compiten por dominar el mar y conseguir el mayor número posible de presas en él y de donde proceden la mayoría de los piratas. Conocida como la *isla Tortuga del siglo XXI*, es allí donde tiene su feudo estos bucaneros que han sido capaces de poner en jaque a toda la comunidad internacional desde que en 2006 el principal puerto de Puntland, Haradere, cayó en sus manos y expulsaron de allí a la Unión de Tribunales Islámicos. En esta zona no hay motivos patrióticos —en un principio, algunos pretendieron «vender» la piratería como una protesta ante la pesca sin control en el Índico—, ni religiosos ni morales: lo único que cuenta es el dinero fácil y descontrolado.

Y, sin duda, es un negocio tremendamente próspero: se calcula que ronda los 150 millones de euros al año. Sus incursiones están condicionando la navegación comercial en una de las zonas más transitadas del planeta: la que se dirige desde el canal de Suez hacia el Índico (cada año surcan el golfo de Aden unos 30.000 buques y aunque no hay datos oficiales, se calcula que en 2008 se produjeron 112 ataques de los que 80 fueron apresamientos de buques) Y, lo más importante, la piratería ha condicionado de forma muy preocupante el

Programa Mundial de Alimentos en el cuerno de África, ya que prácticamente toda la ayuda humanitaria (el 90 por 100) llega a esa zona por mar. «Si los barcos no arriban, la gente de Somalia morirá de hambre y sed» afirma contundente el informe de UNICEF que pronostica la situación en el 2010.

Obviamente, los piratas de Puntland son solo la punta del iceberg. Como explica el último informe para la seguridad internacional del *Instituto de Estudios Estratégicos Británico (IISS)* hay mucho más detrás de estas acciones armadas: existen redes transnacionales que son las que «encargan» a los piratas sus acciones, los que actúan como intermediarios, aportan inteligencia operativa sobre los posibles objetivos y los que, en última instancia, blanquean el capital y reciben buena parte de los beneficios. El dinero de los rescates, unos 30 millones de dólares según Naciones Unidas o 50 según *Lloyds* en 2008, se reparte, explica un informe del *Real Instituto Elcano*, entre los piratas, las redes de apoyo y, lo que sobra, se «cede» a las poblaciones de la costa somalí que aportan cobertura y protección a los delincuentes. De esta forma, la piratería se ha consolidado como un modo de vida rentable —quizás el único de todo el país— y en una forma de garantizar una constante cantera de jóvenes temerarios dispuestos a jugarse una vida que apenas valoran. Y, mientras, los cerebros operan a miles de kilómetros de distancia desde cómodos y turbios despachos de abogados. «Hay evidencias de que sindicatos del crimen establecidos en el Golfo Pérsico, varios en Dubai, y con redes en Londres o Nueva York, juegan un papel significativo en la piratería», declaró recientemente Christopher Ledger, director de la firma de seguridad *Darat Maritime*, al diario británico *The Independent*.

TODOS CONTRA TODOS

No es fácil encontrar un porqué a la realidad somalí. Es el más burdo ejemplo de una descolonización fallida y mediatizada, de un sin sentido en el que, en este caso, no sirven culpas de etnias o razas. Somalia es uno de los estados más homogéneos de África en cuanto a su población. Los somalís son



Badrí Medita/EFE

Dos combatientes de la guerrilla integrista *Al Shabab* durante un combate en las calles de Mogadisho el pasado mes de diciembre.

racial, religiosa (más del 90 por 100 son musulmanes), lingüística y culturalmente iguales; sus diferencias se basan en clanes (los más numerosos son los Isaaq que representan el 25 por 100 del total de la población, los Daarood y los Hawiye) y subclanes creados a partir de vínculos de poder y control de zonas. Sus costas han sido desde tiempos ancestrales ruta obligada del comercio marítimo y sus puertos, de los más prósperos de todo el continente.

La construcción del Canal de Suez (iniciada en 1859) dio un nuevo valor estratégico y comercial a todo el cuerno de África. Y comenzó la carrera europea por tomar posiciones: el actual te-

unión de este territorio y la zona británica se declara estado independiente y nace la República de Somalia.

Dentro de la tónica de los nuevos estados africanos, los primeros años de independencia se caracterizaron por los sucesivos intentos de establecer una democracia multipartidista con un Estado fuerte y centralizado que estuviera por encima de las relaciones de clanes. Pero los fracasos llegaron uno tras otro. En 1969, el presidente Shermarke, un miembro del clan Daarood, fue asesinado por un soldado del subclan rival, los majeerteen. Comenzó una guerra civil que terminó en octubre de ese mismo año con el golpe

de estado del general Mohamed Siad Barer quien ostentó el poder hasta 1991. Dictador y tiránico, se logró a pulso la enemistad interna y externa. En 1997 in-

medió Etiopía para hacerse con el territorio de Ogaden, habitado por somalís; tras una rápida victoria, sus soldados fueron después aplastados por los etíopes que contaron con el respaldo de la Unión Soviética. Este varapalo incrementó el descontento entre buena parte de los clanes que hasta ese momento eran fieles a Siad.

En 1988, el Movimiento Nacional Somalí (SNM), creado en Londres por desterrados del clan Isaaq, puso en marcha un grupo rebelde contra el presidente. A sus guerrillas se fueron sumando diversos *señores de la guerra* interesados en un único fin común:

Las fidelidades de los señores de la guerra a un Gobierno se definen por intereses económicos

territorio de Somalia fue objeto de diversas disputas, conquistas y reconquistas entre Italia y Gran Bretaña. En 1869 los italianos fueron los primeros en llegar a lo que hoy es Etiopía, y, poco después, se extendieron hacia Eritrea. Inglaterra conquistó buena parte de lo que hoy es Somalilandia en 1885. En 1906, Italia obtiene el litoral sur de Somalia y mantiene su disputa con Inglaterra sobre el resto del territorio habitado por los somalís hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. En 1950, la zona italiana se transformó en territorio de las Naciones Unidas bajo protección de Roma. En 1960, con la

echar del poder a Siad y coger algún trozo de la tarta. Pero, una vez tomado Mogadiscio y obligado Siad a exiliarse, se entabló un conflicto de todos contra todos sin líder claro ni propuesta alguna de Gobierno. La zona norte, Somalilandia, declaró su independencia. En el resto del país, las poblaciones se autogestionaban por sus clanes, las armas llegaban desde Eritrea o Etiopía y la muerte y el caos se instaló en el país. Se calcula que entre 1991 y 1993 murieron cerca de 200.000 personas y hubo más de un millón de refugiados. Los sucesivos procesos de paz fueron un fracaso tras otro. Las Naciones Unidas desplegaron en dos ocasiones su Misión para Somalia (ONUSOM I de abril de 1992 a marzo de 1993, y ONUSOM II que se prolongó hasta marzo de 1995). Bajo su mandato, los Estados Unidos pusieron en marcha en 1992 la tan cuestionada operación *Restaurar la Esperanza*, uno de los mayores fracasos del Pentágono que le costó decenas de muertos y puso en tela de juicio su capacidad operativa. Nada se podía hacer para intentar llevar algo de orden a un país dominado por las armas, las mafias y la muerte.

TRIBUNALES ISLÁMICOS

Un explosivo cocktail al que se sumó la aparición de células integristas vinculadas por la CIA a Osama Bin Laden. Un reino de armas, guerrillas y *señores* dispuestos a todo por dinero, se convirtió en un lugar perfecto para que los terroristas basaran sus centro de operaciones en el cuerno de África. Y en medido de este caos —en diez años se sucedieron catorce intentos de instaurar un presidente— se fue fraguando un movimiento islámico que aglutinó a muchos líderes religiosos de distinta tendencia. Nació así en el 2000 la Unión de Tribunales Islámicos (UTI) que se hizo con el poder en el 2004 gracias a un golpe de efecto: las negociaciones entre diversos *señores de la guerra* concluyeron con un pacto firmado en Kenia según el cual dos de ellos, Albulahi Yusuf y Ali Mohamed Gedi eran nombrados, respectivamente, presidente y primer ministro. Pero los clérigos de la UTI consiguen el respaldo del parlamento y no reconocieron su autoridad: los nuevos cargos no pudieron

llegar a Mogadiscio y fijaron su sede presidencial en la ciudad de Baidoa. Mogadiscio estaba, definitivamente, en poder de los Tribunales Islámicos y la guerra se extendió por todo el país. En agosto de 2006, el presidente declaró la disolución de su Gobierno y firmó un acuerdo con los Tribunales Islámicos. Pero la estabilidad era una quimera: los islamistas querían imponer la Sharia en todo el estado y declararon la *guerra santa*. Etiopía, que veía amenazada su estabilidad, intervino directamente y mandó su Ejército para apoyar a *los señores de la guerra* laicos y evitar así la instauración en toda Somalia de un Gobierno de ayatolás.

de establecer un Estado laico y convocar elecciones. Contaba, además, con el respaldo de la comunidad internacional: es una oportunidad compleja y quizás irrepitable de alcanzar algo de paz en este caos.

Porque mientras unos batallan contra otros la gente se sigue muriendo y Somalia alcanza una de las cotas de mortandad más elevadas del ya de por sí castigado continente negro. Según los últimos datos de UNICEF, la mortalidad de menores de cinco años es alarmante (5 de cada 1.000 nacidos vivos); menos del 30 por 100 de la población dispone de agua potable y se calcula que el índice neto de matri-



Badri Media/EFE

Mujeres somalíes ondean banderas con la imagen del presidente Sheikh Ahmed en una concentración celebrada en agosto de 2009.

La muerte, la hambruna y el terror, acampaban a sus anchas una vez más en todo el territorio. Las Naciones Unidas continuaron con sus intentos negociadores cada vez más complejos y sin apenas interlocutores con los que dialogar. En 2008, la Unión Africana desplegó una misión de paz para mantener algún control sobre la ciudad de Mogadiscio. Poco después, en 2009, el entonces líder de la UTI y actual presidente, el jeque Sharif Sheik Ahmed, llegó a un acuerdo con Etiopía para que retirara sus tropas a cambio

culación en la escuela primaria en de tan sólo un 13 por 100 para los niños y un escaso 7 por 100 para las niñas. En este momento hay más de 400.000 desplazados internos a los que es muy difícil proporcionar asistencia. Y, lo que es peor, los últimos años de sequía vaticinan una hambruna terrible para este año. Una ayuda que llega por mar y que en los últimos años se ha convertido en objetivo de los piratas. Una vez más, los juegos de poder y el destino se ceba en los más débiles.

Rosa Ruiz